

por ejemplo, la idea de un gigante con cien brazos, símbolo sencillo de la fuerza y de la actividad; en un poema como los de Hesiodo ó de Homero, podrá gustarnos semejante imágen, porque solo se nos presenta bajo la forma, siempre algo vaga, del pensamiento; pero que dé la escultura una forma duradera á esta imágen, y se verán nacer al punto esos ídolos que están todavía en uso en algunos pueblos asiáticos y que nos horrorizan por su monstruosidad: ó sino que se tomen otras ideas análogas, aunque mas ingeniosas y nobles, pero que no puedan sin embargo unirse á la belleza de las formas, como la figura tricípite con que los Indios representan á la deidad creadora, conservadora y destructora. Bajo un respecto y significacion análogos é igualmente simbólicos, se atribuian en las Indias cuatro rostros á Brama, y dos al Jano de la antigua Italia: todos estos símbolos son desfavorables á la belleza de las formas; y he aquí precisamente la razon porqué el arte de la escultura se elevó entre los Griegos á un mayor grado de perfeccion que entre los Egipcios, pues entre los primeros la escultura renunció cada dia mas á esos antiguos símbolos, en cuanto conducian á la monstruosidad, aunque sin perder enteramente de vista sus relaciones con la Divinidad. Algunos poetas que como Pindaro, lo embellecian y ennoblecian todo, procuraron encubrir y atemperar en sus poemas, todo lo que las antiguas tradiciones concernientes á los dioses presentaban de grosero y ofensivo al sentimiento moral; pero la poesía no pudo bajo este aspecto tener tan buen éxito como la escultura, pues que todo el sistema de aquella

descansaba entre los antiguos sobre su mitología, y no dependia de los esfuerzos aislados de los poetas el cambiarla y desnaturalizarla. Por esta razon encontramos vestigios de este género en el mismo Homero, que las mas veces representa sin embargo á los dioses bajo una forma humana: un ejemplo hará comprender esto mejor: cuando Júpiter llevado de la cólera, dice á los dioses que aunque atasen una cadena á los cielos y se suspendiesen todos de ella, no podrian sin embargo arrancarle de su trono, y que si él quisiese, podria arrebatarles á todos de la tierra y tirarles hácia sí; semejante idea no nos parece á primera vista mas que una impropia jactancia; pero es indudable, y los mismos antiguos lo pensaban así, que esta idea es una alegoría relativa al encadenamiento de todos los seres. Esto se ve todavía mas claro en aquel otro pasaje, que tambien de pronto es muy ofensivo y repugnante al sentimiento: en uno de los arrebatos de cólera que le son tan comunes, Júpiter dice á Juno que se acuerde de la pena que sufrirá algun dia, en castigo de no haber dejado de perseguir á Hércules, su querido hijo. La reina de los cielos, y bajo esta denominacion entendian los antiguos casi generalmente el aire, estaba representada suspendida del cielo, con las manos atadas, y teniendo cada pié cargado con un yunque: no solamente es incontestable que en esto tuvo el poeta un pensamiento alegórico, si que tambien es verosímil que su memoria le recordase entonces alguna imágen geroglífica particular. Es verdad que los pasajes de este género son comparativamente raros en Homero, de modo que mu-

chos comentadores los han desechado juntamente con otros, como apócrifos, y totalmente ajenos de su invención; y algunos editores mas recientes han discutido estensamente su verdadero sentido, espresando sobre el particular las opiniones mas contradictorias. Con relacion al arte, estos pasajes simbólicos del inmortal cuadro de la mas magnífica de las tradiciones heroicas, no pueden ser considerados sino como lo mas lejano de la composicion, representando una época anterior y enteramente sacerdotal: cuando el conjunto de este plan, dejó de ser visible lo que hace mucho tiempo aconteció, y cuando se perdió el sentido natural de las alegorias físicas, abrióse un ancho campo á la interpretacion.

Estas eran las ideas que los moralistas encontraban chocantes, y necesariamente debia suceder así, mirándolas bajo el punto de vista que ellos tomaban al considerarlas; he aquí la razon porqué proscribian á Homero y á la poesia en general. Independientemente de esos vestigios de una época mas apartada, de esos símbolos que no se comprendian mejor, y cuya significacion se habia ya perdido en parte, hay otra relacion bajo la cual, la mitología debia chocar á los moralistas: segun el uso de los antiguos de hacer descender las familias nobles y célebres de la raza de los héroes, y estos de los dioses, se atribuía al padre de los últimos una posteridad heroica tan numerosa, un número tan grande de mortales queridos, que Ovidio ha podido llenar con su historia muchos libros de sus poemas. Como ya lo he observado antes, nosotros solo consideramos esto como un juego de la imaginacion, tan inocente como

agradable; y no estamos acostumbrados á juzgar bajo este aspecto de un modo severo á los antiguos poetas; ¿pero los moralistas de aquellos tiempos podian ser tan indulgentes con unas poesias á las cuales el pueblo daba crédito en general y formaban parte de sus creencias; creencias sobre las cuales estaban cimentadas la organizacion social y la educacion pública, y que traian consigo aplicaciones y consecuencias morales que á todos impresionaban?

Basta pues colocarse en este punto de vista para justificar y comprender las quejas de los antiguos filósofos; pero desde luego se presentan en este juicio dos cosas que debemos separar y distinguir, Homero y la mitología de los antiguos: á pesar de todos sus defectos, Homero ha sido y ha llegado á ser para la Grecia y para la Europa entera, la fuente de tanto bueno y bello, que no podemos menos de agradecer á Solon y á los Pisis-trátides habernos conservado este poeta, que los filósofos hubieran quizas mutilado ó á lo menos hecho caer en el olvido, si sus opiniones hubiesen prevalecido. Pero puede decirse de la mitología griega en general, haciendo siempre abstraccion de este género de poesia, que en los tiempos que conocemos históricamente, no solo era vituperable y ofendia á algunas opiniones morales particulares, si que tambien era esencialmente material en su objeto, al mismo tiempo que impía. Con todo, antes de Sócrates, los mismos filósofos que condenaban tan severamente á los poetas y su mitología, y que aun querian desterrarles de las repúblicas, no se habian elevado hasta el conocimiento de Dios, y no habian llegado

á adorar, en su mayor parte, sino á la naturaleza; luego de filósofos se convirtieron en sofistas, mil veces mas despreciables y mas peligrosos para el estado y para las costumbres, que lo que jamás habian sido los antiguos poetas en medio de su inocencia y de su sencillez.

Así como su poesía, la filosofía de los antiguos era originaria de los Griegos del Asia : el mismo cielo que produjo á Homero y á Herodoto produjo tambien á los primeros y mas grandes de todos los filósofos; no solamente á Tales y á Heráclito, que fundaron en su pais la secta Jónica, si que tambien de entre sus discípulos á los que derramaron sus doctrinas por la Grande-Grecia y por la Italia meridional, como el poeta Jenófanes y Pitágoras, el fundador de la grande Alianza. Nos hemos acostumbrado ya á admirar á los Griegos en las artes y en la poesía; pero quizas su genio no mostró en ninguna parte del dominio del espíritu humano tanta invencion, actividad y riqueza como en la filosofía. Sus mismos errores son instructivos, porque eran siempre el fruto de la meditacion; no tenian ningun camino abierto para llegar á la verdad, y se veian obligados siempre á buscar y descubrir ellos mismos una senda; así es que bajo este aspecto nos ofrecen el mas bello ejemplo de lo que es capaz el hombre, abandonado á sus propias fuerzas, en la investigacion de la verdad. Dedicaré pues algunas palabras á esta filosofía.

Los filósofos de la secta Jónica adoraban, como primera fuerza motriz de la naturaleza, uno ú otro elemento; Tales el agua y Heráclito el fuego : pero no se debe creer que considerasen estos dos elementos bajo

un aspecto puramente corporal, pues á mas de la fuerza del agua, que nutre y favorece cuanto crece, reconocian tambien en este fluido el principio de la movilidad y de la mutabilidad perpetuas de la naturaleza; del mismo modo, Heráclito no juzgaba que ocupase el primer lugar en la naturaleza el fuego exterior y visible, sino ese fuego oculto, ese calor interno que los antiguos miraban como la verdadera fuerza vital de cuanto existe. Heráclito, autor de este sistema, ha tenido miras mas profundas que los otros filósofos; el ejemplo de Anaxágoras es el que mejor demuestra, cuanto trabajo les costaba todavía á estos últimos desatarse de los lazos de la naturaleza : pues, si bien se pretende que él fué el primero antes de Sócrates que reconoció la existencia de una Inteligencia superior gobernando el mundo por sus leyes, vemos sin embargo que al querer mas tarde explicar el universo, recurrió á los átomos, de que se compone, segun la opinion de los materialistas. Esta doctrina de los átomos cuya combinacion mecánica debiera haber producido cuanto existe en la naturaleza, habia sido desde muy temprano reducida á un sistema completo entre los Griegos por Léucipo y Demócrito : mas tarde el talento de Epicuro la generalizó entre los Griegos y los Romanos hasta un extremo que jamas lo ha sido durante el siglo XVIII. Semejante doctrina es el materialismo sencillo y puro que destruye toda idea de la divinidad.

No se puede creer que todo esto fuesen tan solo puras especulaciones, sin ninguna influencia sobre la vida; la imperfeccion de la creencias populares y de la filosofía

griega antes de Sócrates, se manifiesta del modo mas evidente, cuando se pasa á examinar la doctrina de la inmortalidad del alma. El mundo fantástico y quimérico de las creencias populares y de los poetas, no era mas que un sueño poético al que sucedió la duda y luego la mas positiva incredulidad, cuando se principió á reflexionar; parece que en los misterios de las sociedades secretas, muy numerosas en Egipto y en Grecia, se enseñaba alguna cosa mas, perteneciente á una vida futura; pero estas doctrinas quedaban necesariamente encerradas en un círculo limitado. Los filósofos anteriores y posteriores que intentaron probar la inmortalidad del alma, no tenían, en su mayor parte, mas que el pensamiento de la indestructibilidad de la fuerza fundamental interior, sin añadir la idea de una duracion personal. Segun parece fué principalmente Pitágoras el que enseñó la existencia de esta fuerza como tambien una especie de inmortalidad del alma, y el que primero derramó esta doctrina: aunque semejante verdad estuviese contaminada de algunos errores, pues que Pitágoras á ejemplo de muchos pueblos orientales, se representaba la inmortalidad como una mera transmigracion de las almas; sin embargo esta solo circunstancia lo ha elevado sobre todos los antiguos filósofos y lo ha presentado como el oráculo de la verdad y el bienhechor de su nacion: pero su Alianza, que tendia evidentemente á la dominacion política, y cuyo fin no podia conseguirse sin la ruina de las antiguas creencias populares, se disolvió; y desde entonces hasta Sócrates, el dominio de la filosofía se fué haciendo mas y mas el de la anarquía.

Las contradicciones y la estravagancia de las opiniones que se inventaban, que se defendian con una grande sagacidad y se procuraba acreditar por medio de toda la magia de la elocuencia; la duda y la incredulidad que se originaron generalmente, jamas han demostrado mejor que entonces su perniciosa influencia sobre la vida. Entre lo antiguos filósofos, habia algunos que, difiriendo de opinion sobre una multitud de puntos, solo en uno estaban acordes entre sí, que era considerar la naturaleza únicamente bajo el aspecto de su constante movilidad y mutabilidad: todo, decian ellos, está en un flujo continuo; pero estendian tanto esta opinion que en general no querian reconocer nada permanente ni estable, y negaban que hubiese algo de fijo en el ser, algo de sólido en el conocimiento, algo generalmente verdadero en las costumbres; ó en otros términos, no solo que hubiese un Dios, sino que existiese algo parecido á la verdad y á la justicia.

Otra secta, que defendia firmemente la idea racional de una unidad inmutable, adoptó un sistema enteramente opuesto, negando completamente la posibilidad del movimiento y la existencia real del mundo fisico; paradoja que sostuvo con todo el poder de la dialéctica, llegando á conseguir su objeto, á lo menos en cuanto la duda, la incertidumbre y la ignorancia se hicieron mas y mas comunes. Uno de los primeros y mas hábiles de estos sofistas principió la esposicion de su doctrina, diciendo terminantemente que no habia ninguna verdad absoluta; que aun cuando existiese una verdad, fuera inaccesible á los hombres, y que aunque les fuese accesible, no

podía comunicárseles de ningún modo. La sencilla duda hubiera sido permitida al filósofo, si después de haber buscado sinceramente la verdad, hubiese llegado á esta convicción desconsoladora, y si hubiese guardado su ambiciosa ignorancia para sí, lejos de procurar ejercer un influjo fatal y destructivo sobre la vida activa y real: pero estos sofistas tenían, por el contrario, discípulos y partidarios en toda la Grecia, y les estaba confiada la educación de todos los nobles y de todos los hombres instruidos. Todavía haré observar que esta manía de dudar no era siempre sincera, y mientras que los unos enseñaban que en general era imposible saber nada, otros pretendían al contrario saberlo todo y estar versados en todas las artes y en todas las ciencias: á lo menos llegaban fácilmente con la ayuda de algunos giros diestros y de algunos argumentos sutiles, á poner á los jóvenes en estado de confundir y de alucinar á las personas menos ejercitadas que ellos, y á persuadir á sus discípulos que con su saber imaginario podían decirlo todo más fácil y prontamente que los antiguos, de quienes se burlaban. No se contentaban en sus escuelas con enseñar á los jóvenes á defender á su gusto opiniones opuestas, con el fin de ejercitar su sagacidad y hacerles hábiles en el arte de hablar; sino que además se les enseñaba á hacer prevalecer, por medio de argumentos especiosos, errores evidentes y cosas cuya injusticia era manifiesta á todos, del mismo modo que á engañar á sus conciudadanos: en ellas se enseñaba que no existían otras virtudes que la destreza y la fuerza, se afectaba un insolente desprecio hácia todos

los principios morales, por los cuales, decían, solo los hombres débiles se dejan conducir y engañar, y que los sofistas miraban como supersticiones y locuras; se enseñaba también que no había otro derecho que el del más fuerte, ó el capricho del soberano; se ponían en ridículo las creencias religiosas del pueblo, las que, á pesar de sus imperfecciones, inspiraban sin embargo sentimientos morales á muchas personas, y que por lo mismo debían haberse respetado hasta que hubiesen podido ser reemplazadas por algo mejor; se discutían no solamente un gran número de puntos difíciles, de cuestiones vanas y absurdas sobre el mundo y sus causas primeras, sino que se llegaba aun á negar la existencia de Dios; pues entre los sofistas el sentimiento de la verdad había muerto desde su raíz.

Y todo esto pasaba en unos estados que, prontos á caer en el abismo de una democracia sin reglas como sin principios, ó á ser presa de los partidos, debilitados y desorganizados por las guerras, no salían de una revolución sino para caer en otra, y cada día se sumergían más profundamente en la anarquía!

En medio de ese ateísmo general apareció Sócrates y empezó á enseñar la existencia de Dios de un modo enteramente práctico, combatiendo primero á los sofistas y demostrando su ignorancia, y esponiendo después á la vista de los hombres y acercando á su corazón lo bueno y lo bello, todo lo que hay de noble y de perfecto, la justicia y la virtud, que conducen á Dios y que emanan de él. Sócrates fué pues el segundo fundador, el restaurador de la verdadera civilización entre

los Griegos, pero sucumbió víctima de su celo en favor de la verdad. Su muerte es un suceso demasiado notable en la historia de la humanidad, para que no nos detengamos en ella algunos momentos.

Cuanto se le echó en cara, de enseñar una divinidad nueva y desconocida, y hacerse así culpable de un crimen hácia los antiguos dioses reconocidos por la religion del Estado, no tenia bajo cierto aspecto nada que no fuese honroso para Sócrates; y si su doctrina, que sin contradiccion era enteramente nueva en Grecia, hubiese llegado á predominar, no solo en el estrecho círculo de algunos discípulos escogidos, sino en la Grecia entera, es evidente que la antigua organizacion social hubiera caido por sí misma, y con ella ciertamente gran parte de las creencias populares, ó á lo menos estas hubieren cambiado de un modo radical y completo. Algunos fanáticos partidarios de las antiguas creencias populares, vislumbrando lo inminente de esta revolucion, pudieron concebir un odio violento contra Sócrates, y aun confundirle con los otros innovadores y hasta con los sofistas, de los cuales era el mas infatigable adversario; pero para la mayor parte, las doctrinas filosóficas de Sócrates no eran evidentemente mas que un pretexto, siendo sus doctrinas políticas el verdadero motivo de su odio.

En todas las circunstancias de su vida, Sócrates se habia mostrado ciudadano virtuoso y patriota ardiente, y si bien no habia sido enemigo declarado de la soberanía del pueblo, con todo lo eran la mayor parte de sus discípulos: la parcialidad y aun la exageracion con

que Jenofonte y Platon espresaban á menudo su preferencia por la constitucion de Esparta, y en general por toda constitucion que se acercase á las formas de la aristocracia, debian necesariamente parecer odiosas y antinacionales en Atenas. Por otra parte, los enemigos de la soberanía del pueblo que salieron de la escuela de Sócrates, no fueron todos hombres tan irreprochables y tan distinguidos como Platon y Jenofonte: Critias tambien habia sido discípulo de Sócrates; Critias, uno de los treinta tiranos que dominaron en Atenas por la influencia de Esparta, cuando esta la redujo casi completamente á su dependencia; y esto es lo que un antiguo escritor indica, quizas con razon, como la causa principal de la muerte de Sócrates.

No puede esplicarse de un modo satisfactorio como llegó á formar Sócrates su sistema particular; conocia la alta filosofia, sin estar enteramente satisfecho de ella; y en muchas circunstancias de su vida se atenia á la decision de un demonio ó genio superior que, segun decia él, le dirigia: no es posible asegurar, si él entendia por esto la voz interior de la conciencia, las inspiraciones y las determinaciones de su espíritu pensador y agitado por los presentimientos, ó alguna otra cosa diferente. Tampoco son mas conocidas sus opiniones particulares sobre las creencias religiosas del pueblo; ignórase si las rechazaba enteramente ó si conservaba lo mas razonable que ellas presentaban, comunicándoles un sentido mas profundo. Estaba perfectamente instruido en lo que en aquella época se sabia en las sociedades secretas, pero no habia sacudido el yugo

de las opiniones é ideas que la filosofía del siglo XVIII designaba sin el menor escrúpulo, con el nombre de supersticiosas, como hacian tambien los pretendidos sabios que todo lo sabian y que en nada creian, á los cuales Sócrates no dejó de combatir. Permítaseme citar aquí un ejemplo que prueba cuan mal comprendido y juzgado era las mas veces, aun sobre este punto: se le ha vituperado generalmente la respuesta aquella, dada en la última conversacion que tuvo con sus amigos antes de morir, cuando se le preguntó si tenia que ordenar alguna cosa mas: «tan solo sacrificar un gallo á Esculapio.» De este modo dicen sus detractores, en los últimos instantes de su vida ha rendido un homenaje á las creencias populares, que él sin embargo debia considerar como vanas y ridículas; y si solo quiso chancearse, sin duda alguna era bien poco á propósito para ello el momento que escogió. Sin embargo es fácil descubrir la intencion que tuvo Sócrates al dar aquella respuesta: los que habian recobrado la salud despues de una grave enfermedad, acostumbraban ofrecer semejante sacrificio á Esculapio; él tenia pues presente en su espíritu la idea, que mas tarde han desarrollado perfectamente muchos de sus sucesores, que el único fin de esta vida era prepararnos para una vida superior, ó segun la espresion de los antiguos, enseñarnos á morir: por otra parte, Sócrates consideraba la vida en general, y mayormente en una época cual aquella en que vivia, como la prision del alma y como una verdadera enfermedad; por cuya razon debia el sabio reputarse feliz al verse libertado de ella por la muerte,

cuando el destino lo ordenaba así. De todos los filósofos de la antigüedad Sócrates fué el primero que enseñó, ó á lo menos el que lo hizo del modo mas absoluto, que el suicidio no era permitido, y que por el contrario era un crimen hácia sí mismo y hácia Dios. Él no quiso hacer la menor prueba para escapar de la prision ó de la muerte, y no hubiera podido hacerlo sin perjudicarse mucho á sí mismo, igualmente que á la dignidad de su causa; mientras que el grande ejemplo de firmeza que legó á sus sucesores, contribuyó á que esta, despues de consagrada por su muerte, fuese mejor reconocida por la posteridad, como la causa de la virtud y de la verdad.

He procurado buscar tan solo en el cúmulo de riquezas de la antigua filosofía griega, algunos rasgos para presentar un cuadro general de la misma; y he escogido con preferencia lo que era históricamente verdadero, lo que con relacion á la vida, me ha parecido generalmente mas notable, y lo que podia explicar al mismo tiempo con mayor claridad.

Volvamos ahora al análisis de los principales escritores. Por la belleza de su estilo, merece Jenofonte ser todavía colocado entre los mejores autores de la antigüedad: considerado como historiador vemos en él dotes que no se hallan en Tucídides, tales son una grande facilidad, mucha claridad y gracia sin afectacion, pero como le faltan la grandeza y la profundidad, muchos inteligentes darán sin duda la preferencia á la aspereza de Tucídides: como escritor filosófico, es en sus Conversaciones de Sócrates, muy inferior á Platon, bajo el aspecto de la profundidad, de la riqueza y del